

*La Biblia y los humanistas.
Un viaje a la cultura del siglo XVI*

FRANCISCO JAVIER PEREA SILLER (ED. Y COORD.)

Córdoba, UCOPress, 2022, 226 pp.

El siglo XVI conocería un inusitado desarrollo de la labor filológica que el movimiento humanista propició en torno a las Sagradas Escrituras. No obstante, lo cierto es que en toda empresa de esta índole hubo que hacer frente también al advenimiento de diversos obstáculos, ligados a tres hitos: el origen y la expansión del protestantismo, la celebración del Concilio de Trento y, en el caso particular de España, la sospecha que suscitaban las minorías judeoconversas, aspecto que limitó con frecuencia el cauce de los estudios hebraicos. Las bibliotecas antiguas de Córdoba custodian valiosos ejemplares que se hacen eco del impulso dado por el humanismo a cuatro frentes de la filología bíblica: la edición de los textos en sus lenguas originales, la lexicografía y la gramaticografía hebrea y griega, la traducción del texto —tanto al latín como a

las lenguas vulgares— y la hermenéutica.

La Biblia y los Humanistas. Un viaje a la cultura del siglo XVI, obra editada y coordinada por Francisco Javier Perea Siller (Universidad de Córdoba), es el segundo fruto de una profunda revisión del fondo antiguo de las bibliotecas históricas cordobesas, siendo el primero de ellos la exposición que entre el 7 de abril y el 2 de junio de 2022 acogieron la Biblioteca Diocesana y el Convento de los Carmelitas Descalzos de Córdoba. De sus fondos provenían 43 de los 44 ejemplares que conformaban la muestra, a la cual se sumó el volumen sexto de la *Biblia Políglota Complutense*, cedido por el Instituto de Enseñanza Secundaria Séneca. La obra ofrece un estudio estructurado en tres secciones que profundizan en el texto y la historia de cada obra.

La primera sección, “Avatares de la filología en torno a la Biblia:

itinerario histórico y temático” (pp. 17-80), a cargo del profesor Perea Siller, se perfila como un estudio introductorio, aunque la revisión historiográfica abarca el vasto periodo comprendido entre las *Adnotaciones* de Lorenzo Valla (1449) y la fecha en que se publica la *Vulgata sexto-clementina* (1590). A este lapso de tiempo hemos de sumar el periodo que recoge las décadas finales del siglo XVIII, cuando aparece la *Biblia de Scío*, primera traducción católica de la Biblia al español. Esta primera parte se subdivide en siete apartados —y un octavo a modo de epílogo— que clarifican la sucesión cronológica, secuenciada por temas, que vertebraba el recorrido por las obras de los humanistas más destacados del ámbito de la filología bíblica.

Se presentan los primeros resultados de la aplicación del método humanista a la Sagrada Escritura, tarea iniciada por Valla con el cotejo de distintos manuscritos de la *Vulgata* de san Jerónimo, y también con los originales hebreo y griego, en “Humanismo y texto bíblico: la revisión de la *Vulgata*” (pp. 17-22). Dentro de sus *Adnotaciones* (1449), el italiano llegaba a la conclusión de que el texto se había ido alterando, por lo que animaba a emprender su revisión y ulterior

corrección. Fue Erasmo de Róterdam quien se encargó de hacer que esta obra llegara a la imprenta en 1505, tras hallar el manuscrito en la abadía de Parc. Basándose en las ideas que se detallan en ella, publicó en 1516 una edición del Nuevo Testamento griego que incluía un nuevo traslado al latín. En España destaca Nebrija, quien participó en la edición de la *Biblia Políglota Complutense*. Este proyecto despertó en el nebricense el afán por enmendar el texto de la *Vulgata*, dando como resultado la denominada *Tertia Quinquagena* (1516), una obra en la que propone 48 lugares de la Escritura que, a su parecer, debían corregirse.

El interés por cotejar los originales en hebreo y griego incentivó la elaboración de las «Ediciones de la Biblia en lengua original» (pp. 22-28). En una primera aproximación, los humanistas cristianos empezaron a editar determinados libros de la Biblia, como es el caso del *Psalterium* (1516) de Agustín Justiniani. También se plantea como ejemplo señero el caso de la *Biblia de Estrasburgo*, aunque el estudio se hace más profundo al llegar al que fue sin duda el proyecto más ambicioso de estas primeras décadas: la citada *Biblia Políglota Complutense*. Además de aportar

una detenida descripción del proceso de fijación del texto, se incide en la influencia de Alfonso de Zamora y Cipriano de la Huerga en la metodología exegética de la Universidad de Alcalá.

El estudio de los textos bíblicos en sus lenguas originales hace necesario el manejo de “Gramáticas, diccionarios y tratados de hermenéutica” (pp. 28-35). Perea Siller presenta primero las obras sobre gramática y lexicografía hebrea y griega. En el terreno de la gramática hebrea, se dan cita trabajos como el de Alfonso de Zamora (1515), Sante Pagnini (1526), Martínez de Cantalapiedra (1548) o Roberto Bellarmino (1578). Dentro de la revisión de los diccionarios de hebreo-latín, se destaca nuevamente la contribución de Pagnini (1529), así como la obra del luterano Johann Forster (1564) y la del agustino Marco Marini (1593). En el caso del griego, se revisan primero algunas gramáticas bizantinas y después las más destacadas del panorama de occidente, como las de Clenardo (1530), Vergara (1537) o el Brocense (1581). La producción lexicográfica se describe atendiendo a la misma distinción y especificando, además, cuáles fueron los trabajos más influyentes: los léxicos (1532 y 1554) de Guillaume

Budé y el *Thesaurus graecae linguae* (1572) de Henri Estienne.

Siguiendo el orden propio de la labor filológica, del sentido literal del texto pasaríamos a la búsqueda de uno alegórico y místico; de ahí que, en segundo lugar, se expongan las obras más destacadas de la tradición hermenéutica desarrollada en el periodo humanista. En la primera mitad del siglo XVI tiene singular relevancia —también en este ámbito— el hacer de un autor ya mencionado: Pagnini, a quien debemos la amplia *Isagoge ad sacras literas* (1523). Anticipando el desarrollo de un apartado posterior, el investigador saca a colación las medidas que se promulgaron en el Concilio de Trento (1545-1563) en lo concerniente a la exégesis bíblica, ya que el hecho de abogar por el magisterio y los padres de la Iglesia como criterios para la fijación del sentido de los textos sagrados trajo consigo discrepancias en la metodología exegética que, en el peor de los casos, ocasionaron el encarcelamiento de humanistas como el citado Martínez de Cantalapiedra, autor del *Hypotyposeon theologiarum sive regalrum ad divinas Scripturas intelligendas libri decem* (1565).

Pero antes del Concilio aparecen también “Nuevas traducciones

latinas” (pp. 35- 38) de la Biblia. Por su relevancia y difusión, en este cuarto apartado se destacan dos obras. La primera se debe al dominico Sante Pagnini: *Veteris et Noui Testamenti noua translatio* (1528), pionera a la hora de presentar la división en capítulos y versículos que hoy se maneja. La segunda es la *Biblia de Vatablo* (1545), impresa en las planchas de Robert Estienne. Recibe tal denominación porque incorpora una serie de comentarios atribuidos a François Vatable, un biblista muy valorado en la época, tanto en suelo católico como protestante.

Poco después se vuelve a abordar la relación entre “El Concilio de Trento y la Biblia” (pp. 38-45), atendiendo a las consecuencias de las decisiones conciliares en lo referente a dos empresas. La primera de ellas es la reforma del texto de la Vulgata, convenida con objeto de lograr una edición depurada, que daría como resultado la denominada *Vulgata sexto-clementina* (1590). El proceso de conformación del texto se narra desde la colación de los manuscritos latinos, llevada a cabo por el dominico Jean Hentenius, hasta la propuesta de corrección de François Luc de Bruges a partir de una reedición del año 1593. La segunda gran empresa

de las décadas finales del xvi es la *Biblia Polígota de Amberes* (1568-1573), cuya elaboración también se describe con sumo detalle. Especial atención merece la figura de Benito Arias Montano, encargado de la supervisión de la obra y de los tratados de hermenéutica que conforman el volumen VIII, no exento de críticas debido a que la exégesis del biblista fue interpretada en clave cabalística.

El sexto apartado de esta primera parte, “Sobre traducir la Biblia en español” (pp. 45-59), da a conocer las dificultades que desencadenó la traducción del texto bíblico en España, donde la cuestión protestante agravó el temor a la herejía suscitado por los diversos juicios compilados. A ello se unía la ocurrencia de que las minorías judeoconversas podrían recurrir a determinados libros del Antiguo Testamento para practicar en secreto su fe. Fruto de tales inquietudes, se desarrolla la censura de libros, una actividad que generó enfrentamientos jurisdiccionales entre la Inquisición española y la romana. Un panorama tan convulso explica que las traducciones al español sean elaboradas por autores exiliados, huidos o expulsos del país, por estar vinculados al judaísmo o al protestantismo. En el recorrido

por estas paráfrasis ocupan un lugar privilegiado dos títulos: la *Biblia de Ferrara* (1553), una publicación judía, y la *Biblia del Oso* (1569), obra plenamente protestante de Casiodoro de la Reina. El primer traslado “católico” al castellano no llegaría hasta el último decenio del siglo XVIII. Se trata de la *Biblia de Scío*, una traducción de la Vulgata dividida en diez volúmenes que vieron la luz entre 1790 y 1793.

Javier Perea continúa la trayectoria de la labor humanista en el panorama posterior al Concilio de Trento (“Exégesis, estudio, predicación”, pp. 59-67). Se condensan aquí una serie de episodios de censuras y procesos inquisitoriales desencadenados por las dos posturas que marcaron la producción exegética de la época: de un lado, la visión de los escolásticos, aferrados a la Vulgata y a los comentarios de los padres de la Iglesia; de otro, los hebraístas, partidarios del trabajo filológico. La obra de fray Luis de León también se revisa en este riguroso examen de la exégesis bíblica, así como la producción de la Compañía de Jesús, cuyo interés fue el conocimiento del trasfondo histórico de los textos sagrados.

En síntesis, el recorrido trazado en este primer bloque pone de manifiesto cómo, a pesar de las vicisi-

tudes que la filología bíblica tuvo que encarar a lo largo del siglo XVI, en los colegios y conventos el interés por el estudio de los textos bíblicos en sus lenguas originales avivaba el fervor del movimiento humanista.

La segunda sección, «Monográficos» (pp. 83-123), está constituida por un total de nueve estudios elaborados por filólogos y exégetas de distintas instituciones y especializados en algunas de las 44 obras de la muestra. Por la influencia de su quehacer humanista, se hace necesario reparar en «La filología bíblica de Nebrija» (pp. 83-87), capítulo firmado por Víctor Pastor Julián (Asociación Bíblica Española), donde se profundiza en el texto de la *Tertia Quinquagena* (1516), así como en la apología elaborada por el nebricense en defensa de la aplicación de la gramática para la correcta comprensión de la Sagrada Escritura. En el segundo estudio, Juan Pedro Monferrer (Universidad de Córdoba) lleva a cabo una pormenorizada descripción del «Octaplum Psalterii» (pp. 89-92) a partir del ejemplar conservado en la Biblioteca Provincial de Córdoba. La influencia de los postulados de Lutero determinó la división en cuatro volúmenes de «La Biblia de Estrasburgo» (pp. 93-96), el objeto

del tercer trabajo de esta sección, donde Israel Muñoz Gallarte, también de la Universidad de Córdoba, narra el proceso de edición y difusión de esta obra.

En ocasiones, la demanda impone un formato mucho más manejable. Este es el caso de «La Biblia hebrea en 16^o de Robert Estienne» (pp. 97-101), cuya primera edición en 4^o tuvo tanto éxito que se prepararon otras en formato mucho más reducido para que resultase más cómodo su transporte y uso, como explican en el cuarto capítulo María Victoria Arredondo Ramón (Biblioteca Diocesana de Córdoba) y el doctor Perea. La siguiente aportación, «Una caja de preciosas herramientas: el sexto volumen de la *Biblia Políglota Complutense*» (pp. 103-106), es obra de Jesús de Prado Plumed, del equipo *SAPRAT, EPHE*. El volumen sobre el que versa, impreso en 1515, contiene un diccionario enciclopédico del hebreo y arameo bíblicos, ya que cada lema se ilustra con citas de las Escrituras mediante las que se ejemplifican las distintas acepciones. También en esta línea didáctica destacan «Los *Rudimenta hebraica* de Francisco Farfán» (pp. 107-109), que tratan de clarificar los aspectos más básicos de la lengua judía. Su estudio y descripción se deben a Santiago García-Jalón de

la Lama (Universidad Pontificia de Salamanca). La problemática planteada por «Los índices romanos de libros prohibidos» (pp. 111-113) también tiene cabida en esta sección monográfica. Manuel Peña Díaz (Universidad de Córdoba) se remonta al papado de Pablo IV y Pablo V para detallar la actuación de la Congregación del Índice. Su difusión y éxito convierten a «La Biblia del Oso» (pp. 115-118) en la más leída y aceptada en el mundo protestante de habla española. Sergio Fernández López (Universidad de Huelva), autor de este octavo trabajo, detalla las circunstancias que llevaron a Casiodoro de la Reina a defender la lectura de las Escrituras en vulgar. Cierra esta segunda sección el estudio titulado «Fray Luis de León, el primer exegeta entre los salmanticenses» (pp. 119-123), de José Manuel Díaz Martín (Biblioteca Diocesana de Mallorca), donde se pasa revista, entre otros temas, a la forma en que el agustino se calificaba a sí mismo en la portada de sus paráfrasis y comentarios.

El tercer bloque de la obra recoge el «Catálogo de la exposición» (pp. 125-213). Estas páginas aportan una descripción en la que, a modo de ficha bibliográfica, se detallan los aspectos más destacables de cada uno de los ejemplares mostrados.

Los datos se acompañan de reproducciones facsímiles de la portada de cada libro. Una lista de «Reper­torios bibliográficos» (pp. 215-219) y la «Relación de obras expuestas» (pp. 221-226) ponen fin a este trabajo, donde se da meticulosa cuenta del inestimable valor que poseen los fondos de las bibliotecas históricas cordobesas.

En rigor, el recorrido trazado por las 44 obras que formaban parte de la muestra permite conocer los principales problemas a los que se enfrentó la filología bíblica, cuyos efectos se concretan en los hitos más notables de la labor desarrollada por los humanistas. Todo ello presentado con absoluta claridad expositiva en un texto perfectamente articulado, que proporciona una perspectiva de la sucesión de los acontecimientos, al tiempo que profundiza en los aspectos relativos a las obras. Los nueve trabajos monográficos que integran la segunda sección aportan una revisión más pormenorizada de algunas de las obras más representativas de las que se incluyen en este completo itinerario por el devenir del texto de la Biblia.

Andrea María Requena Millán
Universidad de Sevilla